

bre un *o-cha-dai*, que es una especie de apoyo ó sosten de madera y laca, de una forma general cónica, cuya base inferior es de unos 20 centímetros, teniendo la superior solo el diámetro bastante para sostener el pequeño fondo de la taza. La altura de este apoyo es de 8 á 10 centímetros.

La costumbre japonesa es tomar sin azúcar el té ú *o-chá* como le llaman los japoneses, de suerte que no es generalmente agradable para las personas que no están habituadas á tomarlo así, sobre todo cuando la infusión proviene de la planta escogida que por lo comun no se vende al público á causa de su elevado precio, y que era con lo que el Sr. Teráshima nos obsequiaba. A pesar de esto ninguno de nosotros rehusó la invitación, apurando todos el aromático licor un tanto amargo. Mr. Bingham me aseguró que el té de esta calidad no puede conseguirse sino á precios fabulosos, pues generalmente se reserva para el consumo de la familia imperial y para los grandes señores.

Este té ú *o-chá*, aunque proviene de la misma planta que el de la China, es en realidad muy diferente de este á causa del diverso beneficio que se le dá. El del Imperio Celeste se tuesta mucho, y con esta operación pierde gran parte de su aroma y produce una infusión mas oscura y mas amarga que el del Japon. Este último, cuyo uso comienza ya á introducirse en los Estados Unidos y en Europa, es sumamente agradable tomado con azúcar: su color es el del topacio y su aroma delicado en extremo. Creo que en México tendría mucha aceptación, pues por lo regular en este país se toma el té menos cargado que en el extranjero.

Mientras gustábamos el *o-chá* se hizo la conversacion mas general y casi enteramente libre de la etiqueta propia de la conferencia oficial. El Sr. Teráshima me hizo algunas preguntas sobre la periodicidad de los tránsitos de Vénus, á lo que contesté indicándole que este fenómeno está sujeto á dos períodos muy desiguales, el uno de ocho años y el otro de mas de un siglo. Que íbamos á entrar en el primero de estos períodos, debiendo verificarse un tránsito el 9 de Diciembre próximo, y el siguiente el 6 de Diciembre de 1882; pero que despues no se presentaría el mismo fenómeno sino hasta el mes de Junio de 2004, de suerte que mientras la generacion actual podia observar dos veces el paso de Vénus por el disco del sol, la venidera no veria ni uno solo.

En seguida me habló el ministro de lo mucho que era de sentirse la falta actual de relaciones entre su país y el mio, haciendo alusion al gran consumo que tiene en el Asia nuestra plata acuñada, é indicándome lo conveniente que seria para los dos países el establecimiento de relaciones directas.

A esto le contesté que desde mi llegada al Japon me habia yo convencido de la utilidad de estas relaciones, pues siendo aquel país la parte del Asia mas próxima á nuestras costas, podriamos enviarle fácilmente, ademas de la plata, muchas de las producciones de nuestros Estados occidentales en cambio de los numerosos artículos de la industria japonesa. Que de vuelta á mi patria me proponia informar á mi Gobierno acerca de las recíprocas ventajas que hallarian México y el Japon en la celebracion de un tratado de amistad y comercio, cuidando á la vez de hacerle presente las indicaciones de S. E. que manifiestan la buena disposición en que para ello se encuentra el Gobierno de S. M. I. J.

Entonces aproveché tambien la ocasion para explicar al Sr. Teráshima que cuando partí de México para emprender el viaje al Asia, creia lo mismo que mi Gobierno, que la expedicion iba á dirigirse con toda probabilidad á la China, y por eso se me proveyó de una credencial para el príncipe Kung, Regente de este Imperio. Que mas tarde las circunstancias me habian obligado á dar la preferencia al Japon para desempeñar mi encargo, con lo cual no podia menos de felicitarle; pero que por desgracia esta resolucion tuvo lugar cuando ya me hallaba distante de mi patria, y en consecuencia no era posible que mi Gobierno me enviase con oportunidad una nueva credencial dirigida al de S. M. I. J., atencion que no habria omitido en otras circunstancias. Finalmente, que estaba yo seguro de que mi Gobierno, tan pronto como tuviera conocimiento de lo ocurrido, se apresuraria á dirigirse al del Japon para darle las gracias por lo benévola acogida que de él habiamos recibido.

Pocos momentos despues nos levantamos para retirarnos. El ministro japonés nos acompañó hasta la escalera, y el secretario hasta la puerta del edificio.

Mr. Bingham me invitó á entrar en su carruaje para que hiciésemos una visita al gran templo de Asaksa, siguiéndonos todos mis compañeros en sus *dgin-rik-shá*, y dió orden al conductor para que pasara por las partes de la ciudad mas abundantes en palacios de los antiguos dáimios,

Durante todo el trayecto, y á la vista misma de aquellos soberbios edificios, tuvo la complacencia de referirme la historia de los últimos sucesos de la revolucion, y la de aquellos príncipes opulentos reducidos hoy á la simple condicion de miembros de la primera nobleza, pero despojados del inmenso poder que ejercian hace pocos años.



GOKAI-NO-TO [TORRE DE 5 PISOS] CERCA DEL TEMPLO DE ASAKSA EN TOKIO.

Muy incompetente es mi pluma para repetir aquí las reflexiones tan elocuentes como filosóficas con que acompañaba Mr. Bingham sus descripciones de la riqueza y del fasto que ostentaba aquella nobleza alta-

nera en la época de su grandeza, y sus narraciones del aniquilamiento del poder feudal que veíamos representado en los restos todavía soberbios y amenazadores de aquellos palacios.

A sus palabras creía yo ver agitándose en torno de la morada de su caudillo, á millares de soldados cubiertos con sus ricas armaduras de piel endurecida y con sus brillantes arreos militares; á centenares de nobles de las clases secundarias, que se distinguían de la multitud por los dos sables ceñidos con un ancho cinturón sobre el traje talar que desdeñosamente iban arastrando por el polvo de las calles; á las bellas jóvenes que formaban parte del cortejo, adornadas con vistosos y riquísimos trajes de seda terminados en larga cauda, y ostentando las joyas, las flores y las telas finísimas de sus tocados.

Nada de eso existe hoy; pero si el pueblo japonés ha dejado de contemplar maravillado las ruidosas fiestas cuyos crecidos gastos sostenía con el sudor de su frente, y en las que tantos magnates ociosos iban á hacer alarde de un lujo desenfadado y corruptor, ha conquistado en cambio el gran progreso de un gobierno fuerte y unitario que contiene los desmanes de las clases privilegiadas, que reparte con equidad los cargos del Estado, que difunde por todas partes los beneficios de la educación, que ha aceptado de buena fé la amistad y la cultura de las demás naciones, y que finalmente asegura á ese mismo pueblo ordenado y laborioso la propiedad de su trabajo y el bienestar que es su consecuencia.

Ya casi al ponerse el sol llegamos al templo de Asaksa, á cuyo derredor se agrupan las arrogantes tumbas de los Shogun. Allí Mr. Bingham continuó hablándonos del poderío que llegaron á adquirir estos usurpadores de la autoridad imperial, y cuya grandeza se comprende al contemplar los soberbios y valiosos monumentos de bronce bajo los cuales descansan sus cenizas. La incierta claridad del crepúsculo disminuida todavía mas por el espeso y sombrío follaje de los grandes árboles plantados entre los sepulcros; la soledad de aquel sitio y el recogimiento que siempre inspira el lugar en donde todo se nivela; las palabras de Mr. Bingham y su venerable figura triste y severa; la influencia, en fin, de la hora, del sitio y de las reflexiones de nuestro respetable amigo nos causaron á todos una honda impresion, dejándonos un recuerdo grato á la vez que melancólico de aquel día.